

la humana voz:
 vendedores callejeros,
 porteras que deshilachaban su cáustico lenguaje
 de chismes y cuentos azules,
 rabiosos niños hambrientos de aire y de luz,
 y más distantes entre sí
 las pisadas de caballos matalones
 y asnos famélicos.

Por el sucio ventanuco de la pared propincua
 penetraba la débil claridad
 como un bostezo de la naturaleza endiosada,
 y yo, con los pies cruzados

—Buda del silencio y la melancolía—

me tragaba las sombras

y abría los ojos descomunales de mi curiosidad insatisfecha.

Allí aprendí a amar las cosas inútiles,

a restregar las ideas unas contra otras

hasta convertirlas en pequeños soles de mi vida interior,

y me reí de los héroes y de los sabios

que no supieron gozar la indiferencia del espíritu

frente al espectáculo del mundo

y zafarse de las hostiles estrías

y de los calderones de la gran obertura del fracaso.

Tenia hambre

de quietud y de silencio

y miraba de vez en cuando

cómo laboriosa araña

epilogaba el exilio de una mosca

o un tímido ratón

de fulgurantes ojos áureos

descogía la túnica de su inquietud andariega.

Nada apetecí

en estas horas oscuras de paz y de sosiego.

Mi diestra

alzaba el lábaro de la renunciación más absoluta

y los bárbaros clarines del silencio

inundaban el sótano de místicas sonoridades.

Carlos TUS



Voces y expresiones viciosas

Femineidad sí, feminidad no.



vamos con lo eterno femenino, como dijo Goethe,

con la costilla de Adán; con «el hueso», como diría un misólogo, por ejemplo, Schopenhauer, que ¿quién lo desconoce? llamó a la mujer «animal de ideas cortas y de pelos largos»—hoy se vería obligado a enmendar, al menos, el final de la frase—; con la horrible tenía que tiene su guarida en el corazón del hombre, como afirmó San Juan Damasceno; con Laura, Beatriz, Leonor de Este, la condesa de Géives, Cristiana Volpius, Teresa Mancha, Dolores Armijo y Julia Espín, que inspiraron a Petrarca, Dante, Tasso, Herrera, Goethe, Espronceda, Larra y Bécquer; con *madame* Smith y Cósima Wagner, la hija de Liszt, que tan discretamente ayudaron a sus maridos respectivos; y con mi mujer, que lo mismo compone un bello poema, como *Mi hijo y yo* o *Elegía*, o zurce un par de calcetines, o prepara un postre, con el que se chuparían los dedos Apicio y Lúculo, o se enfada conmigo cuando, deseando entregarme a mi afición predilecta; la lectura, exclamo: «¡Dejad que los niños se alejen de mí!», que a los hijos sustituyeron los nietos, y los gritos, los llantos y los golpes, me persiguen a todas horas, como una tremenda riada, pero sin indemnización.

¡Habitadores del Pindo y prosistas del Tempe, que no se dice *feminidad*, sino *femineidad*!

De femineo, del latín *femineus*, derivóse femineidad, cuya correcta significación—así lo prescribe la Academia—es la siguiente: «Calidad de pertenecer a la mujer, que poseen ciertos bienes». Como se ve, esta voz corresponde al lenguaje del foro, y con este sentido nada más, está incluida en nuestro léxico oficial.

Femenino y femineo son equivalentes, si bien el primero viene de *femeninus*; y el segundo, de *femineus*: «Propio o peculiar de las mujeres» (*fémína*). De aquí procede feminismo, doctrina que consiste, como es sabido, en conceder a la mujer igual capacidad e iguales derechos que al hombre. Se acabaron las diferencias. No puedo entretenerme ahora en explicar una graciosa anécdota.

Admitida por la Academia la forma femineidad—aunque como ya hemos advertido, con carácter jurídico—y rechazada hasta ahora la voz feminidad, los escritores ortodoxos emplean la primera y no la segunda, pero dándole un alcance mucho más amplio, esto es, designando o expresando con ella todo cuanto se refiere a la mujer, a lo femenino, pues femineo es palabra anticuada.

La belleza, la ternura, la elegancia, lo delicado de los sentimientos o afectividad, el hechizo, la atracción que ejerce respecto del hombre: el *sex-appeal*, la debilidad física que la distingue específicamente y la maternidad que la cualifica en su género: he aquí los elementos integrantes de la femineidad o de lo femenino.

Son incorrectas las frases siguientes:

«...pero al encontrarse con estos tres gigantes y al faltarle una hija en la cual poder volcar su *feminidad*, sin nadie que la hiciese compañía, todo se vino abajo». E. Correa Calderón: el *A B C*, del 25 de Febrero de 1962.

«...desde el más puro encanto de la *feminidad*»...Luis Díez del Corral: *El rapto de Europa*, (Madrid, 1954) pág. 88.

«...desde los hábitos más elementales, casi instintivos, hasta las formas supremas de la *feminidad*». *Ibidem*, pág. 258.

«...una mujer-catedrático no significa un insulto a la *feminidad*», Manuel Mantero: *El engaño de los sentidos, o cinco tópicos españoles*, el *A B C* del 6 de Mayo de 1962.

«La exquisita *feminidad*, en resumen, es la característica *teresianana*», Ginés García Martínez: *Literatura española y metodología de la enseñanza del idioma*, (Cartagena MCMLIX) pág. 183.

He aquí una manera impecable, irreprochable de referirse a lo femenino:

«...la gángosidad bucólica del oboe, la femineidad de las arpas»... Julio Casares: *El humorismo y otros ensayos*, (Madrid, 1961) O. C. Vol. VI, pág. 231.

«Todo aquel templo de femineidad tan cuidadosamente fabricado»... Manuel Halcón: *Monólogo de una mujer fría*, (Madrid, MCMLXI), pág. 18.

«...ha quedado centrada definitivamente mi femineidad ante él», *Ibidem*, pág. 133.

«Pensar así a los cincuenta años, con esa solapada desasistencia a mi femineidad y a mis costumbres»... *Ib.*, pág. 253.

«Parecía que un aroma caliente a femineidad se desprendía de ellas», José y Jesús de las Cuevas: *Historia de una finca*, (Jerez, 1958), pág. 34.

Con una e más que se ponga
resolvemos la cuestión.

¡Qué pequeña diferencia,
cáspita, entre una y otra voz!

UN APRENDIZ DE HABLISTA

Poema en forma de niño muerto

A Jesús Delgado Valhondo.

La fotografía del humo en el campo del invierno.

La tarde parece un gallo de escarcha en la veleta de un sueño

y en la grava de la carretera nueva suena el carro blanco de los muertos.

Pequeño,

pequeñísimo el fèretro:

pequeño como los plumeros que llevan en la cabeza los caballos negros.

Juegan los niños con los juguetes en la tarde invernal,

los reyes han venido y los niños juegan y miran en silencio el blanco ca-

rrro de los muertos,

hace un frío tibio y una película de sol acaricia los infantiles cabellos.

Y los caballos no llevan peso,

los caballos no llevan nada al cementerio,

el cajoncito blanco parece un copo de algodón,

una medalla de nieve en el pecho de Enero.

Sigue lejana sonando la grava al paso del entierro.

MANUEL PACHECO

Badajoz, 7 de Enero de 1962.

De mi libro inédito: «POEMAS EN FORMA DE...»